



# TÁNGER

Emilio Sanz de Soto

Y quien también vivió en Tánger durante una larga temporada fue Carmen Laforet, un ser de vibrante sensibilidad que consiguió iluminar los oscuros años de la posguerra española con una novela que, para los de nuestra generación, fue como un milagro: *Nada*. E igualmente fue un milagro para los exiliados: Juan Ramón Jiménez, que se había prometido a sí mismo no publicar en España ni una sola nueva línea, rompió la promesa y envió a *Ínsula* una conmovedora Carta a Carmen Laforet. E igual hizo Ramón J. Sender.

Es poco menos que imposible darle nueva vida a las sensaciones que aquella novela de Carmen Laforet nos produjo a los jóvenes de mi generación. Esa su intimidad herida, ese no atreverse a elevar la voz, ese su escribir en sordina, dotando a las palabras no de un pretendido estilo literario, pero sí de una verdad que invitaba a la ensoñación más que a la reflexión.

Todo ello se nos aparecía como algo totalmente nuevo en el panorama de nuestra literatura, siempre un tanto gritona. Además quien así nos sorprendía era una muchacha de veintidós años, bellísima, cuyas primeras fotos aparecieron en el semanario *Destino* y más de uno –¿lo recuerdas Pepe Cárleton?– las recortaba y las pegaba en las paredes de sus habitaciones de estudio.

Cuando años después –bastantes años– vimos aparecer a Carmen Laforet por los cafés del Boulevard Pasteur o en Porte nos quedamos maravillados al comprobar que aquel ser a quien habíamos admirado tanto era, en verdad, aún más admirable. Carmen entró a formar parte de aquel grupo entrañable de amigos españoles del Tánger de entonces. Un grupo del que recuerdo con especial cariño a Aurorita y Patricio Pereda.

Introduje a Carmen Laforet en los ambientes creativos (lo de literarios no les va) de ese Tánger, tan particular, sobre el que hoy se escribe tanto, como si se tratara de una «moda retro», cuando en verdad nadie de los que manejan su nombre conocieron ni de cerca, ni de lejos, la sencilla verdad de esta ciudad.

*Colata*

Al decir de Jane Bowles, Carmen Laforet tenía el encanto irreal de las hadas, y la verdad real de una niña tímida. En cierta ocasión fui invitado a no recuerdo qué festejo, eso sí, bastante sofisticado, y avisé que llevaría a una amiga. Carmen Laforet se resistía a ir pues decía que no tenía nada que ponerse para asistir a una fiesta en plan elegante. Cuando finalmente fui a recogerla quedé más que sorprendido al verla con una chilaba-sulján blanco, con sus sandalias de playa pintadas de plata, sin maquillaje, con su peinado de siempre, revoloteando al viento. Cuando llegamos al lugar de la recepción que sí recuerdo que era en la Alcazaba (tal vez en casa de Ives Vidal), el honorable David Herbert que era quien sentenciaba el «sí» o el «no» de la elegancia de aquel Tánger, en muchos aspectos, un tanto engañoso, corrió hacia Carmen Laforet y la llevó a que su amigo Cecil Beaton la fotografiara. Luego, Carmen, como siempre sonriente, como siempre en las nubes (en «sus nubes»), me preguntó: «¿Quiénes son esos señores tan simpáticos? ¿Por qué me han fotografiado...?»

A la muerte de Cecil Beaton se organizó en Londres, no recuerdo ahora en qué museo, una retrospectiva de su obra. Allí junto a los retratos de la familia real, junto a los retratos de una Vivien Leigh o un Truman Capote, figuraba otro retrato con este pie: «*Carmen Laforet: spanish writer*».

